

# Octavo tomo del diario de Alfonso Calderón



Wellington Rojas  
Valdebenito

**A**

Alfonso Calderón continúa con la publicación de su diario, titánica tarea que iniciara con *La Valija de Rimbaud* (1995) que contenía escritos desde 1939 a 1951. Cayó una estrella (1952 a 1963), publicado en 1996; *El vuelo de La mariposa Saturnina* (1964-1980), aparecido en 1994; *El mundo era fácil* (1987-1989); *Fuera de ninguna parte* (1990) publicado el año siguiente; *Máscaras sobre máscaras* (diarios 1991-1992) y *El olivo viejo que lloraba con los diarios desde 1975 a 1986*.

Ahora nos presenta *Traje de Arlequin*, que contiene sus reflexiones cotidianas escritas entre 1993 a 1995, y lo hace en un libro de bella factura editado para la red internacional del libro de Santiago.

Calderón, un día de 1994 escribe: «Se murió Onetti, sí, Juan Carlos, el uruguayo, el de 1909-1994, fui su lector, y en algún momento, después su amigo. Me gustaba su agresividad, su prolija abulia, su certeza de que existía muy poca gente que mereciera recibir el sol en la casa. Y me parecía perfecto que las formas, los pareceres y el poder le importaran un comino. A su lado cada vez que ordenaba sus desencantos a modo de coral y de Apocalipsis, el gran Jeremías daba la idea de ser un optimista incurable. Onetti, el que comenzó con *El Pozo* en 1939, mientras creía, cada semana a cada año, saber

menos de más y sobre todo de la vida. El que se metió un día en la coma, es Madrid, lejos de Montevideo y no se levantó más, y el que inventó la ciudad de Santa María».

Luego en un tópico diametralmente opuesto recurre al novelista Anthony Burgess el autor de *La Naranja Mecánica*, quien en su libro *Ya viste lo tuyo*, anota: «En Estados Unidos los policías no son tanto guardianes de la ley como agentes de una especie de delincuencia alternativa. Una semana antes de mi visita a Milwaukee se puso en huelga la policía neoyorquina. Esto trajo como consecuencia una disminución de los delitos callejeros. Venía a ser como si faltando uno de los equipos el otro no pudiera jugar».

Por otra parte, Calderón reflexiona en voz alta sobre lo que acontece con los compañeros impresos, esos que han convivido con él toda su vida: «Me siento, a veces, disminuido porque los libros se me vienen encima, distraendo, o echando a un lado, la posibilidad de instalar los otros acontecimientos de mi vida como cuadros de una exposición». Referente a la génesis de sus «diarios», señala: «Suelo decir que nacieron como apostillas. Un yo que amo las máscaras los puso en movimiento. Martín Cerda me habló una vez de ese que él llevaba cuidadosamente hacia 1974, y que tenía por título genérico a la serie de mis «Diarios». Luego nos dice que para Martín Cerda los «Diarios» eran una necesidad interior», que daban cuenta de los cataclismos que diariamente estre-

mecen las profundidades de la sociedad contemporánea. Además, para él, todo escrito «confesional», bajo las formas de «Diario», «Memorias», o «Relaciones autobiográficas», sirven para instituir a una intimidad».

El 21 de mayo de 1993, Calderón, escribió: «Ha muerto Nemesio Antúnez. Era un buen amigo que siempre extraía lo mejor de su cantera para ofrecerlo en la conversación. Impedía que los demás se extraviaran en los afanes de estimar que la vida sólo les ofrecía malquerencias u ofensas, en la vida o en el arte. No agobiaba a nadie con sus superlativos, sino que lo enriquecía con los ojos, la boca o el movimiento de las manos, que eran siempre formas de sonreír. Extraía del mundo algo que podríamos considerar como las gracias o dones de la vida, y solía sacudir los hombros cuando leía en el exterior un acto que le resultaba anómalo. Ya ha de llegar al otro lado, ligado siempre al mundo real, y nos enviará carta diciendo que es todo eso».

Estas páginas de Calderón son, a no dudarlo, una muestra fehaciente de su constante búsqueda en pos de los más variados hechos que, aunque lejanos, no le son ajenos, es más, su penetrante mirada y su agudo observar hacen de su diario un punto de referencias para todos aquellos que a diario se esfuerzan por transitar por las sinuosas vías de un existir donde conviven el dolor, la alegría y la belleza del espíritu.